

ARTÍCULOS Y COMENTARIOS

CATALUÑA Y FRANCIA

Una bandera indeseable

Las autoridades representantes del Estado francés impidieron que se realizase en París, hace algunos días, una pequeña manifestación de catalanismo político, en la vía pública y con banderas desplegadas al viento. Es evidente, para todos los que tengan la más rudimentaria idea de lo que son las relaciones internacionales, que el Estado francés no podía materialmente, sin disgustar al Estado español, obrar de otra manera. Sin embargo, el hecho ha sentado mal a un fogoso e importante sector del catalanismo. Y peor le sentaría si reflexionase un poco más.

El Estado francés, efectivamente, en esta ocasión se ha limitado a hacer lo que le venía impuesto por sus más elementales deberes de amistad y cortesía para con el Estado español, el único reconocido oficialmente, diplomática e internacionalmente en nuestra tierra, y por lo tanto el único atendible en sus deseos y recomendaciones. Así, pues, al no consentir que se desplegaran en las calles de París una o varias banderas catalanas y catalanistas, el Estado francés hizo lo único que podía y debía. Pero además yo creo que lo hizo con instintivo gusto. Es decir, que aun en el caso de haber podido obrar libérrimamente, a su antojo, sin ninguna de las trabas que ahora le constreñían y obligaban a adoptar una determinada, prevista y protocolaria actitud, el Estado francés, por su propio interés y conveniencia, habría hecho exactamente lo mismo. El catalanismo es mal recibido en Madrid; pero en París yo temo que se le recibiría mucho peor aún, si allí debiese recibirse algún día.

En estos últimos tiempos, desde que una parte del catalanismo ha tomado rumbos y orientaciones radicales, se viene hablando con insistencia de su política exterior. Ya estamos acostumbrados, en nuestra tierra, a oír emplear grandes frases o expresiones, para calificar cosas todavía pequeñas, vagas y rudimentarias. Sin embargo, dejemos el nombre, más o menos desproporcionado, ampuloso y sonoro, y vamos a la cosa, que es lo interesante. ¿Cuál debe ser la política exterior del catalanismo integral o extremista? El definidor más caracterizado del grupo de *Acció Catalana*, autor casi exclusivo de sus fondos periodísticos doctrinales y comentarista diario de la política internacional, nos lo ha dicho varias veces. La norma exterior del catalanismo, según él, debe consistir en buscar y obtener protecciones valiosas, pero en especial la de Francia.

Ahora bien: que ese definidor haya sido, como hombre, un ardiente e invariable francófilo mientras duró la guerra, es cosa que quizás le honre; que, en su condición de latino, siga admirando a Francia como a la hija más bella y poderosa de la latinidad actual, es también lógico y aceptable; que esa admiración le deslumbró un poco, es aún comprensible; pero que le ciegue hasta el punto de que, como político y catalanista radical, crea en la posibilidad de obtener la plena independencia de Cataluña y el reconocimiento total de su nacionalidad, con el apoyo de Francia, eso es ya fabuloso. Dicen que el amor es ciego, y debe ser verdad, porque este caso demuestra que se puede amar a Francia y desconocerla en absoluto.

El Estado francés, si llegara el caso, sería un enemigo irreductible del catalanismo integral, pero un enemigo infinitamente más encarnizado, poderoso y temible que el Estado español. Y lo sería naturalmente, francamente, legítimamente casi, porque no podría ser de otro modo sin resignarse a la desmembración de sí mismo. Los nacionalistas integrales, en efecto, desean recobrar plenamente la independencia y la personalidad históricas de Cataluña. Pero ¿qué es esa Cataluña «rica i plena»? Es un conjunto de tierras actualmente repartido entre España y Francia. La Cataluña que desean reconstruir los catalanistas radicales, se compone de tres partes: 1.ª, las cuatro provincias catalanas actuales: Barcelona, Tarragona, Lérida y Gerona; 2.ª, Valencia y las islas Baleares, que hoy forman otras provincias españolas; y 3.ª, el Rosellón, que está en poder de Francia. De suerte que el catalanismo extremista tiene, no uno, sino dos enemigos naturales, a quienes es absolutamente necesario combatir para realizar por completo el ideal patriótico: España y Francia. Si las partes de Cataluña comprendidas en el Estado español lograran hacerse independientes, una vez libres del primer enemigo, España, se volverían todas juntas contra el segundo, Francia, para redondear la indispensable unidad nacional. Y este impulso sería lo más fatal y lógico que pueda darse. La lucha del nacionalismo catalán contra España, tarde o temprano debería convertirse en lucha contra Francia, exactamente por las mismas razones y con legitimidades idénticas. ¿Cómo es posible, por lo tanto, imaginarse que Francia puede en manera

alguna apoyar con su fuerza al nacionalismo catalán, sabiendo, como sabe de antemano, que ese impulso habrá de volverse luego, fatalmente, contra ella misma? Si el movimiento nacionalista de Cataluña hubiese surgido, no de la Cataluña española, sino de la Cataluña francesa, ¿habría habido ningún catalán-francés lo bastante iluso para creer que sus anhelos podían ser apoyados por el Estado español?

Francia y España, París y Madrid, el Estado francés y el Estado español, son absoluta, instintiva y naturalmente solidarios ante ese problema del nacionalismo catalán, ante esa amenaza dirigida casi por igual contra ambos, porque tarde o temprano ha de interesar a los dos. La francofilia política del nacionalismo es, por lo tanto, un absurdo y una puerilidad. Algunas veces se ha dicho, con una candidez ideal, que la francofilia del nacionalismo catalán sólo debía ser actualmente una cuestión de táctica, pues harto trabajo tiene con su lucha contra el Estado español, para ensarzarse además con otra semejante del otro lado de los Pirineos. Pero la más insignificante tontería que puede cometerse en política, es creer tontos a los demás. Y a eso se reduce el imaginarse que el nacionalismo catalán puede engañar al Estado francés con su amistad, y obtener su apoyo durante el tiempo preciso y necesario para luchar contra España, sin que el Estado francés se dé cuenta de que ese juego sólo ha de servirle, en resumidas cuentas, para que luego se repita con renovado brío contra él. No: Francia, el Estado francés, no quiere, no ha querido ni querrá nunca—porque no puede,—saber nada del moderno nacionalismo integral catalán. Lo contrario sería una ceguera incomprensible. Y si algún día el nacionalismo catalán entrase en lucha contra España, en vez de ayudarle en sus aspiraciones, lo que haría Francia—naturalmente, lógicamente,—sería cerrarle la frontera de los Pirineos, perseguir el contrabando de armas, detener a los conspiradores y emigrados, y hacer todo lo posible para contribuir a hundirle. Sólo Inglaterra o Alemania podrían, en determinados casos y para dañar a España o a Francia, apoyar al nacionalismo catalán. Una de las tragedias de éste, entre otras tantas, está en que para satisfacerse a sí mismo deba luchar, no contra extraños, sino contra pueblos de su misma raza y con el auxilio de aquéllos.

¿Por qué, pues, el nuevo y radicalísimo nacionalismo catalán se empeña en ser francófilo? Por la misma sinrazón que mueve a la inmensa mayoría de la España unitaria y tradicional a ser germanófila. Los respectivos papeles internacionales están perfectamente trocados, de una manera curiosa y desconcertante. La España que quiere permanecer en Marruecos, vender buenamente sus frutos, colocar sus vinos, retener a Cataluña y vegetar a la sombra de una frontera segura, no puede conseguir nada de eso sin la amistad y el poderío de Francia. Y, sin embargo, durante la guerra y después de ella la inmensa mayoría de esa España fué y es germanófila. En cambio, el nacionalismo radical catalán, que o ha de renunciar a la plenitud de sus ideales o ha de combatir fatalmente, tarde o temprano, contra el centralismo y el unitarismo franceses, mil veces más irreductibles que los españoles, se muestra beata, ingenua y confiadamente francófilo. ¿Qué hay en el fondo de ese doble y curioso fenómeno? Una misma y única cosa: incapacidad, incomprensión; dos muestras distintas, pero gemelas, de un solo caso de iberismo.

GAZIEL

COMENTARIOS CIENTÍFICOS

El buen sentido

E. Renan, en un libro suyo titulado «L'Avenir de la Science.—Pensées de 1848», dice que entre los mayores enemigos de la Ciencia figura el buen sentido. Un matemático relativista recoge en nuestros días esta afirmación y clama en pro de «la Science contre le bon sens». En el terreno en que se movía principalmente Renan, es decir en la Filosofía, en la Historia, en la Filología, etc., cabe en su afirmación un fondo de verdad, si por «buen sentido» se entiende el espíritu rutinario del que no acostumbra a pensar por cuenta propia. Pero es sorprendente que se pretenda poner en pugna a las ciencias matemáticas y naturales con la intuición y la lógica.

Yo había creído siempre, y sigo creyendo, que el razonamiento normal es la base de todos nuestros conocimientos y que el talento equilibrado consiste en una mayor potencialidad de sentido común. En los miles de años que ya cuenta la historia de las Ciencias, no se ha registrado ni un solo fracaso del buen sentido. Y no es que los atentados contra éste hayan escaseado

en todos los órdenes de la actividad humana. Muy al contrario; y con la grave particularidad de que, dentro del campo científico cuando menos, esos atentados se agudizan en el siglo XIX y, sobre todo, en lo que va del XX.

No confundamos los errores con la falta de buen sentido. Aquellos son hijos del desconocimiento neio etdhd ehroin shrdlu hrd es la incompatibilidad con la intuición y el razonamiento correcto. El sistema de Ptolomeo fué un error debido al desconocimiento, entre otras cosas, de la Mecánica de las fuerzas centrales; en cambio, la mayoría de las objeciones de Riccioli al movimiento de la Tierra estaban desprovistas de sentido común. Uno de los más famosos atentados al buen sentido fué el cometido por Descartes, en pleno siglo XVII, cuando afirmaba que la velocidad de propagación de la luz era infinita. Pocos años pasaron hasta que Cassini y Roemer desmintieron esa enorme falta intuitiva del célebre filósofo y matemático con la observación de los eclipses de los satélites de Júpiter.

En el primer tercio del siglo pasado, se inician los grandes caprichos geométricos con las geometrías no euclídeas, mostrándose un afán incomprensible para poner en entredicho las eternas verdades intuitivas de la geometría griega. Esta, según los señores revolucionarios, era un caso particular de la geometría universal ochocentista. Con el mismo derecho yo pudiera decir que la verdad es un caso particular de la mentira o que la exactitud es un caso particular del error. Y lo notable es que para construir geometrías no euclídeas se emplean palabras y conceptos de la ortodoxia euclídea. Esto me produce el mismo efecto que los esfuerzos de algunos imaginativos que han pretendido describirnos las formas de los habitantes de Marte o de Júpiter, formas que, a pesar de haberse empeñado sus autores en hacerlas completamente distintas de las que conocemos en la Tierra, están compuestas de cabezas, troncos, piernas, brazos, etc., es decir, de miembros completamente terrestres, pero dispuestos de la manera más monstruosa posible.

H. Poincaré, matemático de primera fila, pero espíritu eminentemente escéptico, dió considerable impulso a esas divagaciones poniendo una dosis de duda nada escasa y no siempre justificada, en la mayoría de las teorías científicas. Después de su sorprendente afirmación de que el mundo exterior no existe y que todo cuanto percibimos no es más que una ficción subjetiva del espíritu, lo cual no está en concordancia con la objetividad de las ciencias físicas, y en cuyo campo tan brillantes éxitos obtuvo precisamente Poincaré, nos habla este gran matemático de las teorías que tenemos por verdaderas por el solo hecho de ser «cómodas». Y es curioso ver como las extrañezas de los sabios adquieren más rápidamente éxito que los razonamientos inspirados en el buen sentido. Aun después de haber pasado bastantes años desde que Poincaré publicó estas consideraciones, no faltan matemáticos en la actualidad que admiten la posibilidad lógica de establecer unas nuevas leyes de mecánica celeste que explique el dinamismo astronómico del sistema geocéntrico. No es necesario un análisis muy profundo para convencerse de que este dinamismo es imposible, y de que si adoptamos el sistema de Copérnico no lo hacemos por comodidad, sino porque éste es verdadero y el de Ptolomeo, falso.

El mayor alarde de despreocupación pertenece a la tan llevada y traída teoría de la relatividad. No insistiré en puntos de vista que ya he tratado suficientemente en estas páginas; pero recordaré una vez más que para dar cuenta de todo cuanto pretende explicar la teoría de la relatividad, no es necesario separarnos del plano de nuestras concepciones normales, conforme tuve el honor de manifestárselo personalmente al ilustre profesor Einstein, y conforme tengo desarrollado en diversas publicaciones mías.

Una curiosa característica de todas las teorías que se separan del buen sentido, es la de ser completamente estériles, de no tener ninguna aplicación a las ciencias naturales. Los astrónomos, que construyen triángulos inmensos en el espacio para determinar las distancias de los astros, no se han preocupado nunca, y han hecho bien, de los errores que podrían cometerse aceptando los teoremas clásicos; ni estos mismos astrónomos se han inquietado lo más mínimo por las definiciones relativistas de la simultaneidad, a pesar de ser la Astronomía toda ella una ciencia de simultaneidades.

Fijémosnos, en cambio, en el desarrollo de las teorías clásicas, que, inspiradas en el buen sentido, constituyen la base de todos nuestros conocimientos, de ese patrimonio científico que es el más preciado honor del espíritu humano. Es para nosotros una delicia intelectual razonar sobre la geometría griega; sobre las propiedades proyectivas de las figuras; sobre el desarro-

llo de la función perturbatriz, tan elegantemente expuesto por Laplace; sobre la transformación de las ecuaciones de Lagrange en ecuaciones canónicas, hasta llegar a la deducción de las principales leyes de la Mecánica celeste, etc., etc.

El cálculo matemático es siempre rigurosamente leal y no se aparta nunca de la verdad mientras se apoye en bases ciertas y en conceptos inspirados en el buen sentido. Algunas de esas consecuencias son, por fortuna, comprobables por la experiencia. No se puede hablar, en efecto, del mentir de las estrellas, por cuanto los astrónomos calculan los instantes de los contactos de un eclipse de Sol con admirable precisión y con muchos años de anticipación.

Este buen sentido, inherente a nuestro espíritu, es la plasmación consciente de la lógica de las leyes y fenómenos naturales. Cuando arrojamus una piedra, ésta resuelve inconscientemente una porción de problemas que nuestro intelecto puede a su vez resolver por el razonamiento. Ignoramos muchas cosas, queda una inmensidad de horizontes por descubrir; pero por inconcebibles que sean en sí mismos esas cosas y esos horizontes, no se apartarán en sus relaciones de las leyes de la intuición y del buen sentido. Si suprimiéramos esas preciosas facultades del alma, suprimiríamos también todo el valor de la Ciencia y todo derecho al examen y a la crítica. Los que se rebelan contra la fécula del buen sentido, no pueden burlarse de los cuadradores del círculo, ni de los que tratan de resolver el problema del movimiento continuo; tienen éstos tanto derecho como aquéllos de prescindir del sentido común. Ciertamente estamos pasando un siglo verdaderamente atroz en todos los órdenes; pero los que somos devotos de los valores esenciales de nuestro espíritu, tengamos la seguridad de que, digase lo que se quiera, sólo subsistirá, en definitiva, aquello que esté inspirado en el buen sentido.

JOSÉ COMAS SOLÁ

De Sociedad

Entre los entusiastas aficionados y elegantes deportistas reina gran animación para las próximas carreras de caballos, cuya temporada comenzará el próximo día 6 de mayo.

En esta fecha, aproximadamente, se celebrará también la inauguración de la Exposición del Mueble y la de los trajes regionales, todo lo que ha de dar a Barcelona, no sólo gran animación y riqueza, sino también una nota más de gran ciudad moderna.

Sabemos que son en gran número las aristocráticas familias forasteras que se proponen visitar nuestra ciudad, organizándose ya para aquellos días varias animadas fiestas.

En la elegante Sociedad del Golf de Pedralbes se están ultimando los preparativos para el campeonato que deberá jugarse el próximo mes de mayo.

Para aquella fecha se celebrará un gran baile en su bonito chalet y en obsequio a los elegantes jugadores.

De su viaje por Aragón regresan los señores don Luis Casanova, don Gregorio Eguiñor y don José María Pérez.

Sigue muy aliviado del accidente sufrido el hijo de los condes de Centellas.

Marchó a Biarritz, donde se encuentran, su distinguida esposa y bella hija Rafaelita, don Luis Bosch Labrás.

Regresa de la corte el vizconde de Güell. De sus posesiones de Olot regresaron los barones de Grifó.

De Suiza, donde ha pasado larga temporada, regresa completamente restablecida de su enfermedad, la distinguida señora doña Mercedes Ferrer de Juncadella, hija del marqués de Puerto Nuevo.

De Figueras han regresado don Eusebio de Puig e hijos.

IGOR

PROTESTA DE LOS ARABES CONTRA LAS EXCAVACIONES DE LUXOR

Las excavaciones de Luxor amenazan tener una repercusión inesperada en Egipto en la población árabe, allí muy numerosa. En efecto, los árabes han levantado la voz contra la «profanación», como dicen ellos, de la antigua tumba de los Faraones, y el movimiento encuentra en la prensa, apoyo incondicional. Algunos periódicos, no se recatan de observar con discreto civismo, que en Europa se condena a los que violan las sepulturas en tanto que se recompensa suntuosamente a los que hacen la misma cosa en Egipto. Cual puede ser el resultado de este movimiento de opinión, no se puede aún prever; pero es indudable que si los fanáticos árabes, como lo vienen anunciando, lo llevan al terreno religioso, las excavaciones amenazan concluir precipitadamente, con grave daño para la historia y la arqueología.

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.